Cuña y cuenco, vida leve

Esther Ramón

Marcos Canteli: *es brizna*, Ed. Pre-textos, Valencia, 2011.

Es brizna, el último poemario del asturiano Marcos Canteli (Bimenes, Asturias, 1974), parece marcar una nueva etapa en su poesía de una manera que casi puede leerse como espontánea, orgánica, como un nacimiento o un brote. También parece funcionar como una especie de cierre a la inversa: si bien escuchamos ecos de libros anteriores, de *Reunión* (Icaria, 1999) y en especial de *Enjambre* (Bartleby Editores, 2003) –en los que el tema del núcleo familiar, de sus complejos entramados, y también de la memoria, son preponderantes–, en *es brizna* se arrastran y vacían, como piedras que recuerdan su peso antes de entrar en la ingravidez, como pesos que hay que volver a sostener una vez más antes de ser definitivamente soltados. Porque el cierre que busca elevarse, aligerarse (como un globo soltando amarras y lastres) no consiste en atar cabos sino más bien en deshacerlos. Y es éste un verso importante en el libro, que podríamos casi leer en torno a él: «deshacer el nudo para volverte preciso», y que parece incluso plantear una nueva poética.

Como si la precisión consistiera, paradójicamente, en abrir inmensurablemente el diafragma obturado del lenguaje y dejar que el viento se cuele libremente por los espacios en blanco del poema, de la casa sin paredes que es el poema («los cuartos / en que me meto / ya no tienen paredes»).

Una brizna es algo insignificante, apenas una hebra. Una brizna que existe, que respira, que es, en presente, y que da nombre a este libro, en el que se contrapone a «plomado», en una balanza que no deja lugar a dudas: que se inclina, como siempre hace lo poético, hacia su condición de levedad.

Marcos Canteli ha declarado en algunas ocasiones que su escritura pretende quitarle peso a lo escrito, que podría estar, pero también no estar, con mucha facilidad, al contrario que muchos escritores que pretenden perpetuarse a través de su escritura. En una entrevista radiofónica declaraba: «Me gusta tender hacia formas que sean cada vez más ligeras, formas de estar y de escribir, es un reto en lo personal y en lo poético».

Es inevitable recordar en este punto la conocida y hermosa conferencia titulada «Levedad», contenida en el libro póstumo de Ítalo Calvino: *Seis propuestas para el próximo milenio*, editado en España por Siruela, y que alcanzó en 2012 su duodécima edición, lo que nos habla de su, a primera vista, incomprensible, popularidad. Calvino comienza el texto recordando sus comienzos como escritor, y cómo se le reveló que «la pesadez, la inercia, la opacidad del mundo, [son] características que se adhieren rápidamente a la escritura si no se encuentra la manera de evitarlas». Y cómo ese convencimiento demanda además un cambio de postura, de posicionamiento ante lo real: «he de cambiar mi enfoque, he de mirar el mundo con otra óptica, otra lógica».

Y es eso precisamente lo que emprende este libro, esta escritura, que no se aligera perdiendo pie, calzando las alas de lo imaginario, sino cambiando el enfoque, la manera de mirar el mundo y hallando otra óptica, otra lógica, que restan pesadez y lastre (en palabras de Calvino, «lo más ligero es lo que verdaderamente mueve a lo más pesado»).

Las referencias culturales están también cuidadosamente escogidas para aligerar, para huir de la petrificación que pueden suponer los subrayados de lo intelectual o lo literario, y restar sumando. Así, las distintas referencias a Oriente, nos dan noticia de esa buscada levedad: los jaikus, los sutras («murmullos de montañas / y agua son sutras / suturas») y la cita al tan hermoso como leve jaiku de katsuri: «Los que miran la nieve, / uno a uno invisibles, / se han hecho nieve».

De esta manera, el libro adquiere en su forma, poemas cortos y muy delicados, y también en su fondo, un cierto aire oriental. Esa querencia por lo oriental tiene que ver, para su autor, «con el espacio, con lo que un poeta que me gusta mucho, Miguel Suárez, llama "el cuidado", "esa voz del cuidado" y que está presente, o

que por lo menos está presente en nuestra percepción de lo oriental. Una forma que a la vez es ajena y que te resulta también muy familiar o muy plausible».

Y tampoco es casual que se cite varias veces a Robert Walser, un autor que se sitúa en lo aparentemente insignificante, en las briznas del mundo, en sus minucias, en la delicadeza de lo cotidiano. «Siento nostalgia de casa, / adonde nunca he llegado», dice Walser desde la intemperie en uno de los poemas recogidos en el volumen titulado *Poemas. Blancanieves* (Icaria, 1997). Y es precisamente la casa uno de los motivos centrales de este libro, donde es –ella también, el centro del núcleo familiar, el refugio del hombre frente a los peligros de la naturaleza– aligerada.

En *es brizna* cobra un especial protagonismo «la casa la casa que esencialmente no tenemos». La casa a la que se retorna, la casa que se busca y que se encuentra como ausente («y que al volver a casa la casa ya no está»). La que ha sido abierta («los cuartos / en que me meto / ya no tienen paredes»), tomada por la naturaleza. Y se abren los blancos en la página, en la casa del lenguaje, y ahora «la bañera sobre la hierba el abrevadero al fondo».

Entre lo interno y lo externo, hay un deambular en el libro entre la casa (su ausencia o búsqueda) y la naturaleza (que es también en lo que parece dirimirse lo humano, siempre a medio camino entre su ser y lo natural, de lo que se ha irremisiblemente desligado), pero en ocasiones el libro parece resolver esa dicotomía hacia lo simplemente vivo, hacia lo que todavía palpita: «era frondosa la casa y se había llenado de animales». Porque *es brizna* es esencialmente un libro de vida.

A nivel formal, además de presentar un aspecto «aéreo», lleno de silencios, podemos también observar una estructura que podríamos llamar orgánica, que se va construyendo conforme los versos van transcurriendo. Es por ejemplo significativo fijarnos en un recurso que surge una sola vez en el libro y que después desaparece: el de las notas al pie de página que surgen en la página 20, y que, sin ser aclaratorias o explicativas, siguen tejiendo desde lo poético unas cuantas hebras o briznas más.

Se trata de un recurso que hemos podido ver profusamente en poemarios como *Cien niños*, de Juan Carlos Suñén (Cátedra, 1999) o en *Matar a Platón*, de Chantal Maillard (Tusquets, 2004),

pero en este caso no responde a una estructura prefijada, establecida y continuada por el autor, sino a un leve brote, que después se desvanece. El autor ha señalado al respecto: «Me gusta que la escritura me vaya diciendo cosas, no predeterminarla, que vaya abriéndose paso».

Por otra parte, la mente, el cerebro, la razón o la memoria están presentes en el libro, y se ligan a referencias a lo metálico. El metal se contrapone a un entorno natural, y de alguna manera chirría, se presenta en escorzo. Y por otra parte, cuando se habla de que «hoy la fascinación / es metálica», dicha fascinación parece tener que ver con lo tecnológico. Se habla, por ejemplo de una «cocina no virtual», lo que evidencia que existe una vida virtual, en contraposición con el mundo orgánico, perecedero pero, por lo mismo, vivo. Y se crea una paradoja entre el peso del metal, en las antípodas de la ligereza de la brizna, y la levedad de lo virtual.

Si volvemos a la conferencia de Calvino, podemos observar que presenta al respecto brillantes intuiciones acerca del mundo virtual y su levedad, aunque su autor sólo la viviera en sus rudimentos: «es cierto que el *software* no podría ejercitar los poderes de su levedad sin la pesadez del *hardware* (...). La segunda revolución industrial no se presenta como la primera, con imágenes aplastantes como laminadoras o coladas de acero, sino como los bits de un flujo de información que corre por circuitos en forma de impulsos electrónicos. Las máquinas de hierro siguen existiendo, pero obedecen a los bits sin peso».

Ante todo lo desplegado podríamos ahora plantear una cuestión fundamental: si se emprende el camino de la levedad, en la escritura, ¿se trata de un camino sin retorno que debería seguirse hasta sus últimas consecuencias, hasta arribar a la disolución o el silencio? Es decir, ¿hay más escritura a partir de aquí?

Acudiremos de nuevo al ensayo de Calvino, que apunta una posible respuesta, fijándose en el mito de Perseo, que corta la cabeza de la Medusa, la Gorgona que todo lo petrifica, que redobla y fosiliza el peso del mundo: «para cortar la cabeza de la Medusa sin quedar petrificado, Perseo se apoya en lo más leve: los vientos y las nubes, y dirige la mirada hacia lo que únicamente puede revelársele en una visión indirecta, en una imagen cautiva en un espejo. Inmediatamente siento la tentación de encontrar en este

mito una alegoría de la relación del poeta con el mundo, una lección del método para seguir escribiendo».

Lección de vida y de escritura, que viene tal vez subrayada por una de las más hermosas imágenes que nos brinda *es brizna*, este libro leve, que muestra a la poesía en un espacio híbrido, que habita al mismo tiempo del lado de la palabra presente y de su ausencia o silencio: «aunque todos nuestros poemas traen pájaros / de poca cabeza // para que no te alcance algo se borra». ©